LA FORMACIÓN PASTORAL: COMUNICAR LA CARIDAD PASTORAL DE JESUCRISTO BUEN PASTOR

FRANCISCO JOSÉ ANDRADES LEDO
RECTOR DEL SEMINARIO DE BADAJOZ

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v54i189-190.522>

Introducción (84); I. Relectura pastoral de PDV (86); 1.1. PDV en la estela del Vaticano II (86); 1.2. La formación pastoral según PDV (88); 1.3. El ejercicio del pastoreo según la triple ministerialidad de Cristo (90); II. La formación pastoral en la formación de los futuros pastores (92); 2.1. Formación completa y unitaria (93); 2.2. El Proyecto Formativo del Seminario orientado a la formación de pastores (94); 2.2.1. La dimensión pastoral de la formación intelectual (94); 2.2.2. Formación humana y formación pastoral (96); 2.2.3. Vinculación de la espiritualidad y la acción pastoral en la formación (99); III. Claves para la formación pastoral (104); 3. 1. La caridad pastoral, horizonte de referencia de la formación de los pastores (104); 3.2. Pastores seculares en medio del mundo (109); 3.3. El compromiso efectivo con los pobres (112); 3.4. La construcción de la comunidad como referencia esencial del pastoreo (114); 3.5. El servicio a la comunidad como actitud principal (115); 3.6. El sentido de pertenencia a la Iglesia particular y de inserción en el presbiterio diocesano (117); Conclusiones (120).

INTRODUCCIÓN

El Concilio Vaticano II es explícito a la hora de expresar su intencionalidad respecto a la formación de quienes van a ejercer en el futuro el ministerio ordenado y afirma con rotundidad: *toda la formación de los alumnos en los seminarios debe tender a que se formen verdaderos pastores* (OT 4). Esta forma de comprender la formación va a tener su continuidad en el número 19 cuando declara que *el afán pastoral, que debe informar enteramente la educación de los alumnos, exige también que sean instruidos diligentemente en todo lo que se refiere de una manera especial al sagrado ministerio*. A lo que añade dos números más adelante: *es necesario que aprendan a ejercitar el arte del apostolado no sólo en la teoría, sino también en la práctica, que puedan trabajar con responsabilidad propia y en unión con otros, han de iniciarse en la práctica pastoral durante todo el curso y también en las vacaciones por medio de ejercicios oportunos* (OT 21). Según esto, puede concluirse entonces que el Vaticano II concedió un marcado carácter pastoral a la formación de los futuros sacerdotes.

A ello se unirá Juan Pablo II en *Pastores dabo vobis* (PDV) cuando declara que *toda la formación de los candidatos al sacerdocio está orientada a prepararlos de una manera específica para comunicar la caridad de Cristo, buen pastor*. Por tanto –continúa el pontífice–, *esta formación, en sus diversos aspectos, debe tener un carácter esencialmente pastoral*¹. Y de aquí parten los obispos españoles en el *Plan de formación sacerdotal para los seminarios mayores* para concluir que *la razón de ser del Seminario, en cualquiera de sus realizaciones, estriba en formar pastores*. En consecuencia, *todo debe apuntar a que el seminarista aprenda a reproducir el modo de vivir y actuar de Cristo Pastor en el ejercicio del ministerio*. La formación pastoral, por tanto, además de introducir en las actividades propias del presbítero como pastor, precisará el modo en que estas actividades han de realizarse, en función de la situación actual del mundo y de la Iglesia².

¹ JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica postsinodal Pastores dabo vobis* (25 de marzo de 1992) 57. En adelante PDV.

² CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de formación sacerdotal para los seminarios mayores. La formación para el ministerio presbiteral*, Madrid 1996, n. 117. Previamente, y remitiéndose directamente a PDV 57, habían identificado la finalidad de la formación sacerdotal con la formación de pastores en estos términos: «la formación de pastor es, por tanto, la finalidad y el objetivo fundamental de los Seminarios Mayores. Las diversas dimensio

Sobran pues justificaciones para hablar de la necesidad de la formación pastoral de los futuros ministros ordenados. Otra cosa bien distinta es qué se entienda por tal formación pastoral o cómo se lleve a cabo en cada uno de los centros de formación. Vamos a intentar responder de modo sencillo precisamente a estas dos cuestiones y ofrecer algunos criterios tanto teóricos como prácticos a tener en cuenta para dicha formación.

No obstante, y a pesar de lo dicho, me parece oportuno recurrir también al salmo 22 donde se presenta al Señor bajo la figura del *Pastor*, figura que va a tener su continuidad en palabras del mismo Jesús en el capítulo 10 del evangelio de Juan³. El pastor presta atención para conducir al rebaño a los mejores pastos. En su condición de conductor del rebaño no mantiene a las ovejas permanentemente en el redil resguardándolas de cualquier posible peligro. Su función se despliega a lo largo del camino y en medio de las praderas y valles, donde la comida es abundante y las fuentes para saciar el hambre y la sed se encuentran disponibles. En ese dinamismo vital de ir caminando de un lugar para otro asume los riesgos que se van presentando, atraviesa también por cañadas oscuras. Pero es en medio de ese ir y venir donde desarrolla su misión, porque es ahí donde se juega la vida de sus ovejas. Y además porque la oveja es un animal que come caminando, y él se tiene que preocupar de que queden bien alimentadas.

El Pastor que es el Señor despliega su vida también a lo largo del camino y ahí se encuentra con los hombres (cf. Lc 19,1-10, Zaqueo; Lc 24,13-35, discípulos de Emaús). A los que encuentra los incorpora a su seguimiento, entabla conversación con ellos para que tengan la posibilidad de conocerlo y a continuación les encomienda una misión orientada al Reino de Dios. El presbítero como pastor de la comunidad, y a imitación de Jesús Buen Pastor, hace camino con su comunidad, la cuida durante el trayecto, le anima incluso a no quedarse estacionada cuando encuentra buenos pastos para que no se quede ensimismada en la contemplación

nes de la formación, humana, espiritual, intelectual, pastoral y comunitaria, incluso la disciplina y la metodología educativa de la comunidad del Seminario, han de ordenarse conjuntamente a esta finalidad pastoral específica que unifica y determina toda la formación de los futuros sacerdotes».

³ Cf. E. BEYREUTHER, *Pastor* en COENEN, L. – BEYREUTHER, E. – BIETENHARD, H. (Eds.), *Diccionario teológico del Nuevo Testamento III*, Salamanca 1986, 304-308; D. MUÑOZ LEÓN, *Espiritualidad del Buen Pastor en el Nuevo Testamento* en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad el presbítero diocesano secular. Simposio*, Madrid 1987, 439-452.

de esos pastos que ya tiene. El fin de la comunidad está en el encuentro con su Señor, y en eso el pastor no puede descansar hasta conseguirlo.

Por si fuera todavía insuficiente, la patrología nos ofrece numerosos ejemplos de santos padres que antes que maestros en la doctrina fueron verdaderos pastores de la grey que se les había confiado, animando a los fieles y exhortándoles a vivir según los valores del evangelio. Los comentarios al texto evangélico de Juan que acabamos de citar por parte de Juan Crisóstomo y Cirilo de Alejandría, entre otros⁴, nos indican las notas características de Jesús como Buen Pastor, de las cuales hay que extraer las que caractericen al presbítero como *pastor*. Pero entre todos destaca San Agustín con su ya famosa y tan citada expresión de *para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano*⁵. Ella sirve para justificar la necesidad de la formación pastoral, ya que el candidato al ministerio ordenado en un futuro inmediato se convierte para el resto de sus hermanos, con los cuales hasta ahora ha compartido el ser *cristiano*, en *pastor* al que corresponde la misión de acompañar y guiar.

I. RELECTURA PASTORAL DE PDV

1.1. PDV en la estela del Vaticano II

El Vaticano II fue una experiencia del Espíritu en la Iglesia que supuso, como en tantos otros aspectos de la teología y de la vida de la Iglesia, una profunda renovación. Basado en su vinculación trinitaria, en la recuperación de la mejor tradición bíblica, patrística y litúrgica de todos los tiempos de la Iglesia y en su deseo de abrir los horizontes eclesiales para un mejor servicio al hombre contemporáneo, también entra a fondo en la teología y vida del ministerio ordenado y elabora una reflexión que va a tener grandes repercusiones en el futuro. Con los decretos sobre el ministerio y la vida sacerdotal *Presbyterorum ordinis* (promulgada el 7 de diciembre de 1965) y sobre la formación sacerdotal *Optatam totius* (de 28 de octubre de 1965) se confiere carta de ciudadanía dentro de la Iglesia a la teología sobre el ministerio ordenado y a todo aquello necesario para la formación de los futuros pastores.

⁴ Cf. A. POLLASTRI, *Pastor (el buen)* en A. DI BERARDINO (Dir.), *Diccionario Patrístico y de la Antigüedad cristiana II*, Salamanca 1992, 1705-1706.

⁵ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 340, 1 en *PL* 38, 1483. Cf. ID., *Enarratio in Psalmus* 126, 3 en *CCL XL* [edición de E. DEKKERS – I. FRAIPONT], Turnholti 1956, 1859.

Tanto en uno como en otro documento la dimensión pastoral del ministerio presbiteral adquiere un interés especial, y más si se tiene en cuenta la importancia concedida hasta entonces y en qué términos era valorada. La identidad presbiteral es presentada como configuración con Cristo, Sacerdote, Cabeza y Pastor (cf. PO 2, 12). De ese mismo Cristo Cabeza y Pastor reciben su autoridad para reunir a la familia de Dios como una fraternidad y conducirla hasta el Padre (cf. PO 6). Por lo que se refiere a la educación del Seminario, la expresión ya repetida de OT 4 recuerda que debe tender a la formación de *verdaderos pastores*. La formación pastoral está en función del triple ministerio que van a ejercitar próximamente: de la palabra, del culto y la santificación, y pastoral (cf. PO 4-6; OT 4). Y en orden a esa formación pastoral deben estar orientadas el resto de dimensiones formativas: espiritual, intelectual y disciplinar, sigue recordando el mismo texto de OT 4. Por último, los nn. 19-21 de este decreto están destinados expresamente al fomento de la *formación estrictamente pastoral*⁶. Esta formación tiene que contribuir a un mejor conocimiento de la realidad en que viven los hombres, para lo que es necesaria también una sólida formación humana, espiritual e intelectual.

En ese marco de comprensión se situaron los padres asistentes a la Asamblea del Sínodo de Obispos de 1990 y la misma exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*⁷. Son muchos los elementos de continuidad de PDV con el Vaticano II (eclesiología de comunión, identidad presbiteral basada en la configuración con Cristo cabeza y pastor, ejercicio del ministerio presbiteral siguiendo el esquema del *triplex munus* del ministerio de Cristo, etc.), pero ahora interesa destacar sólo aquellos que hacen referencia a la dimensión pastoral del presbítero.

Juan Pablo II elabora una reflexión teológica y pastoral sobre el ministerio presbiteral, incidiendo en los medios de formación de los futuros sacerdotes y en la necesaria formación permanente de los ya ordenados de cara a un mejor servicio pastoral a los hombres en el tercer milenio. La identidad presbiteral está basada en la caridad pastoral. Es ella la que configura al presbítero, *el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo cabeza y pastor* (PDV 23). Su origen está en la caridad pastoral de Cristo, que es

⁶ Cf. M. ROMANO GÓMEZ, *La dimensión pastoral de la formación sacerdotal en Seminarium* 46 (octobri-decembri 2006) 855-860. El autor indica en estas páginas las pautas en las que tienen que formarse los seminaristas para después ejercer el ministerio de la palabra, del culto y pastoral.

⁷ Cf. S. GAMARRA, *Pastores dabo vobis* en AA.VV., *Diccionario del sacerdocio*, Madrid 2005, 599-604.

transmitida al presbítero en la ordenación por medio del Espíritu Santo (cf. PDV 15 y 72), y su función la de *prolongar la presencia de Cristo, único y supremo pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado* (PDV 15). La caridad pastoral tiene –tomando en consideración todo esto– la función de unificar la vida del pastor porque ella incide en toda la realidad de su ministerio. Nada hay en la vida del presbítero que no tenga que ver con la caridad pastoral, y nada puede hacer el presbítero que sea incompatible con la caridad pastoral, porque si así fuera la vida del pastor quedaría fragmentada.

La identidad presbiteral, por tanto, según se desprende de estos documentos magisteriales acerca del ministerio ordenado, tiene mucho que ver con la condición de pastor del sacerdote, quienes *son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo cabeza y pastor, proclaman con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación [...]; ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño* (PDV 15). En los mismos documentos se apuesta por que el ejercicio pastoral del ministerio no sea algo supletorio a la misma identidad sacerdotal, sino algo constitutivo de ella. En el ejercicio progresivo del ministerio el presbítero va asumiendo existencialmente lo que es esencialmente. La acción pastoral del presbítero desarrolla existencialmente su identidad y al mismo tiempo remite a ella. Por eso, sólo en el ejercicio ministerial el presbítero desarrolla todo lo que él es. O mejor aún, todo aquello que realiza, incluido las acciones encaminadas a su propio provecho personal (lecturas, estudio, reposo, oración, relaciones personales y familiares...), tienen que ser realizadas desde su condición de pastor. La realización existencial de su condición pastoral marca entonces su vida y todo lo que lleva a cabo.

1.2. La formación pastoral según PDV

Si queremos ser fieles al contenido de PDV tenemos que comenzar diciendo que lo que afirma expresamente el texto sobre la dimensión pastoral no es mucho. Es más, si se le compara con lo que se dice explícitamente sobre las otras dimensiones de la formación (humana, espiritual e intelectual) es menor que lo dedicado a ellas⁸. Esto no sólo por los núme-

⁸ Realiza un análisis detallado del tratamiento que PDV ha dado a la dimensión pastoral L. RUBIO MORÁN, *La formación del pastor en y a la luz de Pastores Dabo Vobis. Una lectura global y unitaria en clave pastoral en Seminarios* 38 (julio-diciembre 1992) 333-358, a quien seguimos globalmente en este apartado.

ros en que habla de ella en el apartado I del capítulo V, dedicado expresamente a las *dimensiones de la formación de los candidatos al sacerdocio* (tres números a la formación pastoral, tratada en último lugar; mientras que a la formación espiritual e intelectual se destinan seis números; por el contrario, a la formación humana se dedican dos números, tratados en primer lugar, como no podía ser de otra manera), sino también por lo que hace referencia a la formación permanente de los que ya ejercen el ministerio pastoral (capítulo VI), que si bien no ocupa menor extensión que el resto de dimensiones (en un solo número están integradas las cuatro) sí es significativo que siga ocupando el último lugar en el tratamiento y además se le califique de *aspecto* pastoral mientras que al resto se le denomina *dimensiones* (humana, espiritual e intelectual).

No obstante, y a pesar de lo dicho, mirando más en profundidad el contenido del texto de PDV sí puede afirmarse que la dimensión pastoral tiene una relevancia significativa en la exhortación apostólica. De hecho se considera como el motivo central y la razón de ser fundamental de la formación presbiteral. No en vano se habla en todo momento del presbítero desde su condición de *pastor* y para hablar de su identidad se le une con Cristo, cabeza y pastor (cf. n. 13). Ésta es la idea central que recorre PDV para definir la identidad presbiteral; lo *pastoral* como condición que configura al pastor es lo que da sentido y unidad a la vida y al ministerio del presbítero. Todo en su vida tiene razón de ser desde su condición de pastor. Es más, al comienzo de los números dedicados a la formación pastoral (cf. nn. 57-59), y citando al concilio (cf. OT 4), afirma, como ya hemos dicho antes, que *toda la formación de los candidatos al sacerdocio está orientada a prepararlos de una manera específica para comunicar la caridad de Cristo, buen pastor. Por tanto, esta formación, en sus diversos aspectos, debe tener un carácter esencialmente pastoral*⁹. En consecuencia, toda la formación del futuro pastor tiene que estar orientada expresamente para vivir y ejercer esa misión de *pastoreo*.

En otras ocasiones, sin embargo, se supedita lo pastoral a lo espiritual, como es el caso del número 45, donde, recogiendo aportaciones concretas de los padres sinodales en la *Propositio* 22, Juan Pablo II afirma que *para todo presbítero la formación espiritual constituye el centro vital que unifica y vivifica su ser sacerdote y su ejercer el sacerdocio*¹⁰.

⁹ PDV 57.

¹⁰ PDV 45. La propuesta de los padres sinodales que recoge (*Propositio* 22) dice expresamente así: *sin la formación espiritual, la formación pastoral estaría privada de fundamento. Y añade que la formación espiritual constituye “un elemento de máxima importancia en la educación sacerdotal (Propositio 23)»*.

1.3. El ejercicio del pastoreo según la triple ministerialidad de Cristo

Lejos de entrar en polémica de escuelas y planteamientos teológico-pastorales, PDV opta por la estructuración de la ministerialidad presbiteral según el esquema del triple ministerio de Cristo, siguiendo en esto la teología clásica¹¹ y la opción del Vaticano II¹². En el n. 26, Juan Pablo II nos recuerda la íntima relación existente entre la vida del sacerdote y el ejercicio de su triple ministerio (de la Palabra, de los Sacramentos y de servicio a la caridad).

Los documentos conciliares, por el espíritu ecuménico presente en ellos, concedieron preferencia al tratamiento del *munus profético* de los presbíteros, preferencia que no significa prioridad. PDV siguiendo su estela afirma que *el sacerdote es, ante todo, ministro de la palabra de Dios*. La finalidad del anuncio profético por parte del sacerdote, como de toda la Iglesia, consiste en dar a conocer la palabra de Dios a los hombres, conocimiento orientado a la conversión del corazón, por una parte, y al encuentro con Dios de quien la escucha, por otra.

Para fomentar ese ministerio profético el sacerdote tiene, en primer lugar, que ser un hombre de una gran familiaridad personal con la palabra divina. Es el trato frecuente con ella, la apertura a la interpelación que de ella le pueda venir, el estudio profundo para desentrañar la voz de Dios que le habla al corazón, el compartir la enseñanza de esa palabra con otros (compañeros sacerdotes y laicos) lo que hará posible que el presbítero considere la palabra de Dios como algo transformador en su vida y sus actitudes se conviertan cada vez más en transparencia, anuncio y testimonio del evangelio. Consecuencia de ello será, en segundo lugar, la consideración por parte del sacerdote de su ministerio profético como un servicio a la palabra escuchada, meditada, interiorizada y hecha vida en él. La Palabra de Dios está sobre él; no es dueño de ella; él está a su servicio; la proclama al pueblo en nombre de Dios, para lo cual su testimonio de vida es imprescindible, de tal manera que la coherencia entre la palabra proclamada y la vida testimoniada sea expresión de la «palabra hecha carne» (cf. Jn 1,14) de la que se siente deudor y presencia entre los hombres.

La presencia de Cristo entre los hombres que es la vida del sacerdote la manifiesta de un modo particular en la presidencia de las celebraciones

¹¹ Cf. J. ALFARO, *La funciones salvíficas de Cristo como revelador, Señor y sacerdote en *Mysterium Salutis* III/1*, 671-755.

¹² Cf. LG 28; PO 4-6; 13.

litúrgicas, en las que actúa *in persona Christi* e *in nomine Ecclesiae*. Su ministerio es entendido también, en íntima unión con el profético y el real, como un *servicio sacerdotal a los hombres*.

Cristo, sumo y eterno sacerdote, es el único mediador (cf. 1 Tim 2,5) y los ministros ordenados prolongan en las acciones sagradas la mediación sacerdotal de Cristo, colaborando así en su obra salvadora. Ellos administran los sacramentos, por los que hacen partícipes al pueblo de Dios de la gracia divina. Particular importancia concede PDV a la relación existente entre el sacerdote y la celebración eucarística, algo que había sido destacado ya también por el concilio en PO 5. La relación proviene del ejercicio de la presidencia, tanto de la comunidad como de la eucaristía.

El NT asegura la existencia de la fracción del pan en la primitiva comunidad cristiana (cf. Hch 2,42; 20,7-12; 1 Cor 11,20-34), pero no ofrece datos claros acerca de quién es el que la preside¹³. No obstante, puede suponerse que los presidentes de las comunidades serían quienes presidieran también la fracción del pan (cf. 1 Tim 5,17)¹⁴. En la época patrística sí aparece con mayor claridad que la presidencia de la eucaristía –y la del resto de celebraciones litúrgicas de la comunidad– recaía en los mismos presidentes de la comunidad¹⁵. Así como por la presidencia de la eucaristía se expresa la participación en la comunión de todos los miembros de la comunidad, por la presidencia de la comunidad se vive la comunión significada en la eucaristía. Una y otra atienden al mismo fin, la comunión. La Iglesia congregada en la fe encuentra la máxima expresión de lo que ella es en la comunión de la celebración eucarística. La eucaristía es, por definición, el signo de la unidad eclesial (cf. 1 Cor 10,16-17).

En consecuencia, a quien preside la comunidad eclesial desde el servicio a la unidad le compete también la presidencia de la celebración eucarística. El servicio a la unidad de la comunidad eclesial es la razón por la que

¹³ Cf. A. LEMAIRE, *Ministères et eucharistie aux origines de l'Église en Spiritus* 18 (1977) 386-398.

¹⁴ Cf. E. CASTELLUCCI, *Il ministero ordinato*, Brescia 2002, 293, quien afirma que es *totalmente normal pensar que –si bien no viene atestiguado directamente– los guías [de la comunidad] presiden también el momento más característico de la vida de la comunidad, esto es, la celebración eucarística*. Para confirmar tal dato remite a dos teólogos tan contrarios en sus planteamientos como son P. GRELOT, *Le ministère de la nouvelle alliance*, Paris 1967, 94-95 y E. SCHILLEBEECKX, *Per una Chiesa dal volto umano. Identità cristiana dei ministeri nella Chiesa*, Brescia 1986, 136.

¹⁵ Cf. H.-M. LEGRAND, *La présidence de l'eucharistie selon la tradition ancienne en Spiritus* 18 (1977) 409-431.

se encuentran vinculados el ministerio de presidencia de la comunidad con el ministerio de presidencia de la celebración eucarística por parte de los ministros ordenados.

El servicio pastoral de presidencia de la comunidad es lo que se ha conocido siempre como *munus regendi*, por el que *el sacerdote está llamado a revivir la autoridad y el servicio de Jesucristo cabeza y pastor de la Iglesia, animando y guiando la comunidad eclesial*¹⁶. El servicio de guía de la comunidad tiene, según esta comprensión, un fundamento cristológico y una finalidad eclesial, siguiendo en ello claramente el magisterio conciliar de PO 6. La configuración sacramental con Cristo cabeza y pastor y la animación y guía de la comunidad como horizonte de realización existencial y como ejercicio pastoral concreto marcan los polos de referencia del ministerio presbiteral. Tanto la identificación con Cristo como el servicio a la comunidad son dos elementos esenciales para comprender la identidad del presbítero.

En esa realización ministerial del presbítero, que no puede ser entendido más que como un servicio a la comunidad, apunta Juan Pablo II que juega un papel destacado el discernimiento pastoral. La tarea de presidir la comunidad conlleva el ejercicio de coordinar todos los dones y carismas que el Espíritu suscita para la edificación de la Iglesia. Por eso mismo, un criterio esencial en esa labor de discernimiento es el eclesial; esto es, todo aquello que sirva para fomentar la comunión y el trabajo en común. Los dones y carismas que provienen del Espíritu siempre tienen como fin el bien eclesial (1 Cor 14,1-19; 26).

II. La formación pastoral en la formación de los futuros pastores

El presbítero es un pastor, y quien se prepara para asumir el ministerio ordenado tiene que prepararse para asumir esa condición y ejercer una misión de pastoreo. Consecuentemente toda la formación tiene que estar orientada para ayudar al candidato a ser en el futuro un *buen pastor*, en continuidad con Jesucristo Buen Pastor. Esto no está reñido con el resto de dimensiones formativas, sino que todas se integran y articulan para que la personalidad del pastor sea equilibrada y madura humanamente hablando, con una experiencia gozosa del encuentro con Dios y una apertura gratificante para el encuentro con sus hermanos los hombres,

¹⁶ PDV 26.

una persona formada y capacitada para el diálogo y el encuentro con el mundo y la cultura contemporánea. Todo ello desde su condición de pastor.

2.1. Formación completa y unitaria

El futuro pastor necesita una formación íntegra, global y unitaria de su persona para que el ejercicio posterior de su ministerio sea completo. En esa formación se tienen en cuenta tanto el aspecto humano, como el espiritual e intelectual, y no puede quedar al margen de ese cuadro global que conforma la persona del futuro pastor la dimensión pastoral. De ahí que requiera una formación específica, igual que el resto de dimensiones, aunque sin estar desconectadas unas de otras. Es más, esta formación pastoral configurará la personalidad del pastor ya que en adelante su vida estará determinada por su misión de pastor en medio de la comunidad. Su vida, entonces, humana, espiritual e intelectualmente, estará determinada por este ministerio que va a desarrollar a lo largo de toda su vida. Su configuración como pastor determinará el resto de las dimensiones que componen su persona. Este pastor será acompañante de personas, guía de la comunidad, anunciará la Palabra de Dios, celebrará los misterios centrales de la fe, etc., para lo cual ha de tener una mentalidad y un espíritu de pastor. Esta personalidad configurada por la capacidad pastoral se adquiere en el día a día de la formación previa a la ordenación y en todas y cada una de las acciones formativas proyectadas, ya sean humanas, espirituales, intelectuales o estrictamente pastorales.

Juan Pablo II destaca esta capacidad integradora de la condición de pastor del sacerdote cuando afirma que *el proyecto educativo del seminario se encarga de una verdadera y propia iniciación a la sensibilidad del pastor, a asumir de manera consciente y madura sus responsabilidades, al hábito interior de valorar los problemas y establecer las prioridades y los medios de solución, fundados siempre en claras motivaciones de fe y según las exigencias teológicas de la pastoral misma*¹⁷. Siendo así, en la tarea formativa debe ser tenida en cuenta la relación entre las distintas dimensiones. El componente humano, espiritual, intelectual y pastoral no forman compartimentos separados que unidos dan origen a la persona, sino que ésta es un todo integrado por esas dimensiones. Eso indica muy a las claras la necesidad de articular en la formación del Seminario las distintas dimensiones de la persona bajo la óptica de la condición de futu-

¹⁷ PDV 58.

ro pastor del seminarista que ahora está en proceso formativo.

2.2. El Proyecto Formativo del Seminario orientado a la formación de pastores

Según esto, la formación proyectada en el Seminario tiene que tener como horizonte la condición de pastor del candidato, ya que la persona del *formando* es un futuro pastor. Así, tanto la formación humana como la espiritual e intelectual tienen como objetivo la integridad del pastor que va a ejercer un ministerio pastoral en el futuro. *La finalidad pastoral asegura a la formación humana, espiritual e intelectual algunos contenidos y características concretas, a la vez que unifica y determina toda la formación de los futuros sacerdotes*, asegura PDV en el párrafo dedicado a la formación pastoral¹⁸. Previamente, en las orientaciones dadas para los seminarios mayores, los padres conciliares habían indicado ya que *todos los aspectos de la formación, el espiritual, el intelectual y el disciplinar, han de ordenarse conjuntamente a esta acción pastoral* (OT 4). Toda la formación, por tanto, debe tener una orientación pastoral, no siendo ésta sólo un apéndice en la formación, sino la finalidad que guíe la totalidad de las acciones formativas llevadas a cabo en el Seminario¹⁹. Por ello vamos a valorar como debe llevarse a cabo esa mutua implicación de la formación pastoral con el resto de dimensiones formativas.

2.2.1. La dimensión pastoral de la formación intelectual

La formación pastoral de los futuros pastores se realiza en permanente conexión con la formación intelectual. En primer lugar porque es necesaria inicialmente una formación teórica (cf. PDV 57d), ya que quien se prepara para ejercer el pastoreo necesita del conocimiento de las claves necesarias que le ayudarán a ejercer su condición de pastor. Eso se lleva a cabo mediante la formación intelectual y teológica, dado que es ahí donde se adquieren los principios teóricos sobre los que después articular una buena praxis pastoral. Por eso la formación teológica tiene que tener una clara orientación pastoral (cf. PDV 55b). Pero también es necesario adquirir unas herramientas pastorales para el ejercicio pastoral, para lo cual es conveniente completar esta formación teórica con otra más de tipo práctico (cf. PDV 57e).

¹⁸ PDV 57.

¹⁹ Cf. M. ROMANO GÓMEZ, *La dimensión pastoral en la formación sacerdotal en Seminarium* 46 (octobri-decembri 2006) 862-889.

La formación práctica se lleva a cabo mediante el ejercicio práctico de algunas experiencias pastorales —convenientemente pensadas y organizadas— a lo largo del proceso formativo. Estas experiencias pastorales no sólo tienen como finalidad ser unas prácticas de entrenamiento al estilo de las llevadas a cabo en los años de formación de otras especialidades académicas y científicas (magisterio, medicina, ingenierías, etc.), sino principalmente una ocasión de crecimiento en la fe y de discernimiento vocacional por lo que éstas suponen de ayuda para la madurez humana, espiritual y vocacional. Por eso mismo, las experiencias pastorales no pueden ser tenidas en cuenta sólo como continuación de una formación orientada al sacerdocio ya previamente concebida, sino como parte integrante de esa misma formación²⁰. Más aún, la formación pastoral y la dimensión pastoral que el candidato al sacerdocio confiera a su periodo formativo es un criterio necesario de discernimiento vocacional del futuro pastor. Según sea integrada esta dimensión y cómo lo hace puede valorarse cuál es la motivación vocacional del candidato.

Por eso mismo el Seminario tiene que programar la formación pastoral integrada en el conjunto de la formación de la vida de quien está llamado a ejercer el ministerio pastoral. Así, no se trata de organizar algunas actividades propiamente llamadas *pastorales* o suplir algunas necesidades de comunidades con escasez de medios en agentes de pastoral o de responder a demandas de los propios seminaristas para cubrir necesidades sentidas. Todo ello puede confluir en un entretenimiento llamado «pastoral», o en un modo de compensar afectividades no integradas o en un medio que dificulta la comprensión en conjunto de la orientación pastoral del sacerdote. El Seminario tiene que favorecer con la formación pastoral un sano discernimiento vocacional y una clara percepción de lo que es el ejercicio pastoral, ya que el seminarista tiene que ir asumiendo progresivamente su condición de futuro pastor, lo cual conferirá identidad a su vida y a su ministerio.

Si en el futuro, como profundizaremos más adelante, el ejercicio del ministerio es fuente de espiritualidad para el pastor, para quien se está formando para serlo un día la formación de la dimensión pastoral, con todo lo que ello conlleva, y la realización de algunas experiencias pastorales, el apostolado en sí programado y organizado dentro del Proyecto Formativo del Seminario debe ser considerado igualmente como fuente de espiritualidad, como un espacio privilegiado para profundizar en la experiencia de Dios.

²⁰ Cf. V. ZUECO, *La actividad pastoral momento de discernimiento y de crecimiento en Seminarios* 49 (octubre-diciembre de 2003) 459-477.

El estudio en sí mismo considerado, a su vez, tiene que ser entendido en la vida del seminarista como una clara oportunidad de formación pastoral. El estudio no sirve sólo como un medio de adquisición de conocimientos para enriquecimiento personal, sino principalmente como un ejercicio de servicio a la Iglesia orientado a la mejor preparación posible para ofrecer al resto del pueblo de Dios criterios adecuados para vivir evangélicamente. Orientar así el estudio durante el periodo formativo es garantía no sólo de sacarle el mayor provecho posible, sino también tener en cuenta a los posibles destinatarios del ministerio pastoral como receptores de las riquezas aportadas por la formación. Como afirma F. Rodríguez Trives, *el descubrimiento de la dimensión pastoral del estudio es signo evidente del amor y respeto que se tiene al destinatario de la acción pastoral*²¹.

Pero sería insuficiente si se entendiera tanto el estudio propiamente de la teología pastoral como las experiencias pastorales realizadas en su vertiente enriquecedora para el candidato al sacerdocio por lo que aportan de conocimientos que puedan servir para el ejercicio pastoral en el futuro. Tanto una como otra tienen el mismo origen y el mismo fin: la caridad pastoral de Jesucristo. La formación intelectual trata de potenciar en el sacerdote la caridad pastoral. Si tiene sentido en la vida del sacerdote el estudio y los otros medios por los que se desarrolla la dimensión intelectual (charlas, conferencias, encuentros, lecturas...) es desde el servicio que pueda prestar a los demás desde él, por lo que en sí ya se convierte en un ejercicio pastoral para los otros. En la vida de los candidatos al sacerdocio es entendido de igual manera. La formación intelectual tiene que garantizar ante todo *el crecimiento de un modo de estar en comunión con los mismos sentimientos y actitudes de Cristo, buen pastor*²².

2.2.2. Formación humana y formación pastoral

No puede olvidarse que el futuro pastor antes que eso es una persona, un hombre que ha recibido una llamada por parte del Señor a su seguimiento y a una misión determinada, y que se encuentra inmerso en un proceso de discernimiento para llegar a una respuesta a la llamada recibida. En medio de todo ese proceso se encuentran las motivaciones vocacionales y aparece la realidad personal de lo que cada uno es, con sus anhelos y esperanzas, logros y potencialidades, actitudes y senti-

²¹ F. RODRÍGUEZ TRIVES, *El aprendizaje y la experiencia del ministerio pastoral como fuente de espiritualidad* en *Surge* 60 (noviembre-diciembre de 2002) 484.

²² PDV 57.

mientos, pero también con sus miedos y dudas, inseguridades y recelos, proyecciones sin fundamento o falsas expectativas. La formación pastoral que propicia la etapa formativa del seminario tiene que ayudar a clarificar también todo eso. La tarea del seminario consiste en formar pastores según el corazón de Cristo, para lo cual se preocupa de dotarle de las herramientas básicas que le permitan tener una voluntad firme y una personalidad madura. Las experiencias pastorales al mismo tiempo que permiten conocer la realidad pastoral propician una ocasión para entrar en relación con personas concretas y situaciones particulares que conducen al candidato al sacerdocio a la reflexión y al descubrimiento de áreas de su personalidad que tiene que trabajar personalmente para madurar afectivamente.

Hoy resulta imprescindible una buena formación humana de los futuros pastores, tanto por lo que supone el conocimiento y la aceptación de uno mismo como por lo que supone para la relación con los demás, ya que uno de los principales cometidos del área humana es la formación de personas equilibradas y maduras capacitadas para afrontar responsabilidades pastorales. Esta madurez, tan necesaria y deseada en la vida de los presbíteros, se logrará en la medida que toda la formación del Seminario incida en la vida de cada uno de ellos, ayudándolos a forjar su inteligencia, su voluntad y su carácter. PDV indica algunas de las cualidades humanas necesarias para la formación de personalidades equilibradas, sólidas y libres. Éstas están orientadas tanto en lo que afecta a la vivencia personal de la madurez como a las relaciones con los demás (cf. PDV 43).

Trabajar los afectos, los sentimientos, las limitaciones personales y de relación, las debilidades, las potencialidades y virtudes o valores propios, la autoestima, los miedos y fobias personales, el realismo, el equilibrio de juicio, la objetividad, la serenidad, la capacidad de análisis, el control emotivo, la capacidad de decisión, la ayuda para tolerar la frustración, etc. presta una ayuda inestimable al futuro pastor para la responsabilidad que después va a tener que ejercer. Le permitirá aceptar su situación de soledad sin culpabilizar a nadie de su propia opción personal, le evitará en el futuro relaciones personales inmaduras, asumirá la responsabilidad encomendada con alegría y deseo de ayudar a la comunidad, podrá acompañar a otras personas desde la honestidad y la voluntad de crecer humana y espiritualmente. Y para todo ello la formación pastoral desde el ejercicio de diversas «experiencias pastorales» sirve como medio adecuado ya que permite al candidato ir siendo conciente de situaciones en que se vive estas actitudes o sus carencias y descubrir la necesidad de ir las madurando antes de enfrentarse sólo a la responsabilidad personal. La revisión personal con los formadores del seminario de la formación

pastoral será buena ocasión para profundizar en todo lo que venimos apuntando.

Al mismo tiempo, la formación pastoral permite potenciar algunas actitudes humanas necesarias para el ministerio ordenado, ya que se trata de crecer como personas para servir como pastores. Tal es el caso de la humildad, el amor, la alegría y el gozo y la responsabilidad. Respecto a la primera, la idea principal consiste en testimoniar la necesidad de confiar en Dios, de no querer hacer depender todo de uno mismo como si se fuera autosuficiente. En el ejercicio práctico del ministerio el pastor experimenta situaciones de ineficacia, que pueden terminar convirtiéndose en acusaciones de fracaso personal. La **humildad** reconoce tanto los valores propios como las limitaciones, sin caer por ello en la humillación y la falta de autoestima. El reconocimiento de las propias potencialidades en la persona del pastor es en orden a considerar que son dones de parte de Dios para el beneficio de los demás.

La segunda de las actitudes a potenciar es el **amor**. En la sociedad actual se confiere una importancia excesiva a este sentimiento, quizá más entendido como la necesidad de afecto personal que todo ser humano tiene que como la capacidad de salir de nosotros mismos y darnos a los demás sin necesidad de sentir que se nos debe algo a cambio. *Se trata de un amor que compromete a toda la persona, a nivel físico, psíquico y espiritual, y que se expresa mediante el significado “esposal” del cuerpo humano, gracias al cual una persona se entrega a otra y la acoge*²³. La comprensión pobre del amor está llevando a numerosas situaciones enfermizas, porque la necesidad sana de afecto se ha convertido en un **amor interesado**, para recibir afecto y satisfacer la necesidad de ser estimado. Y esto es necesario, pero cuando se entiende sanamente y no de manera exclusiva como mero receptor del afecto de los demás. El amor verdadero es capaz de transformar ese sentimiento en actitudes tales como la empatía, el respeto, la amistad, o la valoración positiva del otro. El amor sano conduce a la entrega generosa y desinteresada a los otros, más cuando este amor es expresión del que el Padre tiene a sus hijos, expresión del amor intratrinitario entre las tres personas divinas.

Cuando esto se vive así en el ejercicio ministerial la satisfacción personal es enorme y el sentimiento de **gozo y alegría** que produce el trabajo propio del ministerio suple aquellas otras renunciadas que hayan podido realizarse por el Reino de Dios. Ésta es la tercera de las actitudes humanas a potenciar en la formación humana de los futuros ministros de cara al

²³ PDV 44.

ejercicio futuro de su ministerio. El ministerio ordenado es un medio de realización personal que produce felicidad en quien lo vive de manera plena, sin ocultar con ello las situaciones de dolor que conlleva en ocasiones, fruto normalmente de la soledad, su escasa relevancia pública y al mismo tiempo su ser una persona con responsabilidades que afectan a otros sin ser comprendidas, o la falta de comprensión por parte de los demás de su opción de vida. Todo ello sirve para ser consciente de la grandeza del ministerio ordenado y que realmente es una vocación proveniente de Dios. La alegría, por tanto, de la vida ministerial está en la elección divina y lo que de ella se deriva para el ministro ordenado de cara a entregar su vida a los demás para comunicarles el gozo del evangelio.

Fruto de esta alegría por la elección es la respuesta generosa de y para toda la vida, orientada como servicio al Reino de Dios. Eso conlleva la **responsabilidad** con la que el presbítero se entrega en el ejercicio del ministerio. Ésta sería la cuarta actitud a potenciar. Como vocación que es el ministerio ordenado no puede ser considerado como un *trabajo profesional* más, pero sí requiere ser ejercido con la misma responsabilidad y *profesionalidad* que cualquier otro, sino más dado que lo que está en juego es el misterio de Dios y la vida de los hombres en unión con él. Por eso la formación humana de los futuros pastores tiene que tomar muy en consideración esta actitud para que todo aquello que se lleve a cabo durante el periodo formativo (estudio, responsabilidades comunitarias, servicios puntuales, experiencias pastorales) sirva para ejercitar esta actitud de la responsabilidad.

2.2.3. Vinculación de la espiritualidad y la acción pastoral en la formación

No basta con la competencia pastoral, sino que se precisa del dinamismo espiritual. *Una pastoral sin espiritualidad se aleja de su óptica eclesial y se diluye entre técnicas y esfuerzos humanos que pierden de vista su fin último*, afirmaba hace unos años el ya fallecido Julio Ramos²⁴. De igual manera Juan Pablo II, recogiendo una proposición de los padres sinodales, afirma que *sin la formación espiritual, la formación pastoral estaría privada de fundamento*²⁵.

El Seminario debe iniciar en el entrenamiento para unir ambas dimensio-

²⁴ J.A. RAMOS GUERREIRA, *La formación pastoral de los sacerdotes según Pastores dabo vobis* en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *La formación pastoral de los sacerdotes según "Pastores dabo vobis"*, Madrid 1998, 13.

²⁵ PDV 45.

nes esenciales en el futuro pastor. Éste es un creyente que ejerce un ministerio pastoral, un *creyente pastor*. No se trata sólo de potenciar la formación espiritual por un lado y la formación pastoral por otro, como si no tuvieran que ver más que se dan unidas en la misma persona. Eso conlleva el riesgo de fractura de la unidad de vida de la misma persona, por una comprensión de corte dualista de la espiritualidad, en la que la contemplación y la acción son consideradas como dos polos en alternancia. No, ambas dimensiones de la persona del pastor están en estrechísima vinculación y por ello necesitan ser desarrolladas de manera conjunta y armónica. El pastor encontrará la fuente de su espiritualidad presbiteral en el ejercicio del ministerio pastoral. El ejercicio del ministerio pastoral alimenta y configura la espiritualidad presbiteral. La actividad pastoral tiene que ser entonces profundamente espiritual y la espiritualidad esencialmente pastoral. Es lo que ha venido en llamarse recientemente una *espiritualidad pastoral*²⁶.

Ello está en la base para pensar y proponer que toda la formación programada en el Seminario debe estar orientada a desarrollar y potenciar esta espiritualidad pastoral del candidato al sacerdocio, dado que es algo que no se improvisa cuando llega la ordenación. La vida de oración, tanto personal como comunitaria, el encuentro y trabajo de la Palabra de Dios, las celebraciones litúrgicas, la práctica sacramental, el mismo acompañamiento espiritual pretenden iluminar la vida diaria desde la experiencia de Dios, a la vez que vivir teológicamente, hacer lectura creyente de la realidad vivida y celebrar gozosamente aquello que se vive. Los años de Seminario sirven de entrenamiento, pero en el horizonte de la formación está conseguir que en el futuro esta misma integración de fe y vida se convierta en articulación armoniosa de espiritualidad y ejercicio del ministerio; o mejor aún, que el ejercicio del ministerio sea vivido con espíritu de pastor siendo ambas una misma cosa, la espiritualidad de pastor y el ejercicio del pastoreo. Para ello, la *caridad pastoral* sirve de elemento unificador.

Entre las sugerencias que pueden llevarse a cabo para trabajar esta unidad se encuentran las de estar atento a las llamadas de la vida, hacer lectura creyente de la realidad, o sea, una oración pastoral, tener una gran conciencia de misión en el empeño pastoral, desarrollar actitudes que favorezcan la acción y vivir la vinculación estrecha entre lo privado y la

²⁶ Cf. V.M. FERNÁNDEZ, *El desarrollo de una espiritualidad pastoral. Aportes para un proceso educativo...* en *Seminarios* 50 (enero-marzo de 2004) 29-42.

actividad pastoral. Tener en cuenta esto supone dar una importancia máxima al proceso de discernimiento vocacional del futuro pastor, ya que no sólo las supuestas motivaciones espirituales son las que harán posible su aceptación definitiva al el sacerdocio ordenado, sino también y principalmente su deseo de vivir sanamente la misión apostólica. Si esta combinación es tenida en cuenta durante el proceso formativo se pueden evitar posteriormente muchas crisis personales y deserciones en el ministerio, principalmente durante los primeros años de ministerio, porque en el fondo las dificultades vienen motivadas por una vida pastoral insatisfactoria que hace replantearse las motivaciones vocacionales, normalmente de tipo espiritual. Cuando entra en cuestión lo primero suelen buscarse justificaciones que ponen en riesgo las segundas.

Ser contemplativos en la acción en algo que ya puso de manifiesto San Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales como necesario para vivir espiritualmente en la vida. Para el presbítero se convierte en algo imprescindible para su ministerio, dado que en el transcurso de la vida es donde ejerce su ministerio de ofrecer la salvación de Dios para los hombres. El pastor debe estar atento a qué sucede en la vida de los hombres y a cómo sucede, qué repercusiones tiene en ellos, cómo afecta a sus vidas diarias, porque es ahí donde Dios habla al hombre creyente (cf. PDV 10), y desde ahí percibir la llamada de Dios para ofrecerle su oferta de vida.

El futuro pastor tiene que estar igualmente atento a percibir estas llamadas en el transcurrir diario de su vida ordinaria y rutinaria, pero también en las actividades pastorales en las que participa. Son esas las que tiene que profundizar y compartir, no quedándose en el mero análisis de las anécdotas, las actividades realizadas o los logros personales conseguidos. La riqueza que aporta al futuro pastor este modo de *estar atento a las llamadas de la vida* es no sólo superar el egocentrismo en la pastoral (*¡qué bien me sentí haciendo tal cosa, porque me felicitaron!, programé un fin de semana muy interesante, la gente salió muy contenta y me lo agradecieron enormemente...*), sino principalmente ejercitar la capacidad de dejarse enseñar por la vida de los demás y de adquirir el hábito de escuchar cómo Dios habla por medio de las personas y sus acontecimientos.

Consecuencia de esta atención a las llamadas de la vida, la oración del pastor no puede ser de otra manera que teniendo en cuenta esa realidad vivida, tiene que ser una **oración pastoral**, donde la oración está estrechamente vinculada con la actividad pastoral. La oración del pastor pretende acrecentar la experiencia personal de Dios, pero es un modo de hacer oración en la que tiene una importancia capital el ejercicio ministerial realizado y un ejercicio del ministerio pastoral realizado con espíritu de oración²⁷. Este modo de hacer oración propio del pastor tiene que ser

iniciado y entrenado en el periodo formativo, porque si no el modo de oración tradicional seguido normalmente en los seminarios corre el riesgo de no ser del todo válido y consecuentemente perderse una vez que se comienza la actividad apostólica. Este modo de oración fundamentado principalmente en el rezo de las horas litúrgicas y en la programación fija y determinada de momentos de oración personal y comunitaria (exposición del Santísimo, rezo del rosario, actos marianos...) crea unos hábitos de oración muy buenos en el caso de que el candidato al sacerdocio fuera a vivir en un monasterio o en una comunidad religiosa, pero quizá no tan adecuados para la vida de sacerdote secular inmerso en las actividades pastorales, con la consiguiente dispersión de tareas de que tanto se habla. Y no quiero decir con ello que se eliminen de los proyectos formativos de los seminarios esas prácticas de piedad, sino que sean orientadas correctamente para que no se queden en meros actos intimistas sin conexión con su situación de pastor.

La oración pastoral tiene siempre presente a la comunidad o comunidades de referencia pastoral, se realiza también desde un ponerse en la presencia del Señor y de su Palabra de manera abandonada, buscando la comprensión y el consuelo para lo vivido, se goza en la presencia de Dios de lo vivido de manera agradable, agradeciendo su presencia en medio del pueblo, del mundo, de la cultura, y presentando la queja del pastor que pide justicia para las situaciones de dolor que experimenta ese pueblo. En el Seminario ese modo de orar puede ser realizado teniendo en cuenta la situación de la propia comunidad formativa, con su rutina diaria (estudio, horario establecido, compañeros y formadores, etc.), y la comunidad con la que tiene relación principalmente por su actividad pastoral.

Este modo de orar, así como la dirección espiritual, el mismo acompañamiento formativo o la formación académica, tienen que ir provocando en el futuro pastor unas actitudes encaminadas a tomar *opción seria por la acción evangelizadora* y por las acciones pastorales orientadas a ella. La acción pastoral es lo propio del pastor, pero puede orientarse negativamente cuando se comprende o bien como puro activismo o como la realización de actividades sin conexión y orientación fija. Para que la acción pastoral sea gratificante para el pastor y responda a su ministerio pastoral debe estar enmarcado en un proyecto de acción evangelizadora, donde lo litúrgico y el anuncio de la Palabra, el servicio caritativo y la guía de la comunidad estén orientados a crear una comunidad de marcado carácter evangelizador. Ello requiere una acción pastoral programada,

²⁷ Cf. J.M.^a Imízcoz, *El deseo de la experiencia de Dios en la vida y ministerio del presbítero* en *Surge* 60 (julio-octubre de 2002) 309-345.

con unos objetivos claramente especificados y unos medios de realización acordes a esos fines y a las personas que van a llevarlos a cabo y a quienes van a ser sus destinatarios.

Este modo de hacer pastoral tiene que ser vivido por parte del seminarista con entusiasmo y alegría. Es más, la preocupación pastoral y el modo de comprenderla es un criterio de discernimiento vocacional importante, para lo cual es necesario también que no esté desvinculada de la formación espiritual, ya que el ejercicio del ministerio en la misión apostólica servirá de fuente para la vida espiritual del futuro pastor. Según se entienda esta relación entre espiritualidad y acción pastoral así será también la motivación vocacional subyacente en el candidato.

Todo cuanto venimos diciendo pone de manifiesto en primero lugar la amplitud de la formación pastoral, que abarca más allá de la pura realización de algunas *actividades pastorales*, y en segundo lugar destaca la estrecha vinculación existente entre formación espiritual y pastoral, ya que la comprensión de una sin la otra lleva a la consideración de una espiritualidad intimista o privatizada y a una pastoral como realización de tareas encomendadas. La separación entre ambas es contraproducente para la unidad de vida requerida en el pastor. En ocasiones la misión puede ser para el pastor causa de conflictos o fuente de insatisfacciones, y tener la tentación de refugiarse en su espacio de privacidad para descansar y olvidar lo sucedido, pero lo correcto será interpretar esas situaciones a la luz de Dios, no juzgar a las personas que hayan podido producir un daño, pensar en los posibles defectos cometidos para que se haya producido tal situación, etc. y todo ello integrando esos momentos en la relación con Dios, porque son parte de la vida del pastor y de la misión encomendada. Por eso sería erróneo entender la vida espiritual como un refugio donde poder descansar del trabajo pastoral en el ámbito de lo privado sin ninguna vinculación entre ambas. Más bien al contrario *la espiritualidad y la acción pastoral van de la mano en la vida espiritual del pastor*. Así al menos lo intuía también Juan Pablo II cuando decía en PDV 49 que *la formación espiritual tiene y debe desarrollar su dimensión pastoral o caritativa intrínseca*.

Existe entre ellas una vinculación tan grande que es lo que permite dar unidad a su vida de pastor. Y eso se entrena en el periodo formativo, primero no reduciendo la formación espiritual solamente al ámbito de la oración, de las celebraciones o de la dirección espiritual; segundo no considerando la formación pastoral meramente como una realización de actividades pastorales; y tercero estableciendo conexiones dentro del Proyecto formativo para que se entienda de la manera que lo venimos presentando.

III. CLAVES PARA LA FORMACIÓN PASTORAL

Comprendida la formación pastoral en el conjunto de la formación, conviene tener en cuenta *algunas* pistas, a modo de claves eclesiológico-pastorales, en la formación de los pastores, los que ya lo son y los que están en proceso de llegar a serlo. Otras claves, tales como entender la pastoral de conjunto desde una sana comprensión eclesiológica de comunión, la opción por la pastoral evangelizadora en lugar de la *sacramentalización*, el ejercicio del ministerio pastoral como fuente de espiritualidad presbiteral²⁸, deben ser tenidas en cuenta en esta formación pastoral, pero nos vamos a ceñir al análisis de algunas solamente. Dado que su ministerio se entiende desde la comprensión de «pastor» –integrando en ella la realización sacerdotal, profética y real–, lógicamente todas las claves tienen que estar enmarcadas por la caridad pastoral que es, a su vez, la que configuró el ministerio y la vida pública de Jesús en su condición de pastor.

3.1. La caridad pastoral, horizonte de referencia de la formación de los pastores

Lo determinante en la formación de los pastores es su condición de *pastor*, como venimos repitiendo. Después de los primeros años de postconcilio, donde la preocupación principal era definir bien la identidad presbiteral, diferentes documentos de conferencias episcopales apostaron por el *ministerio pastoral* como carácter englobante de la vida y el ministerio de los presbíteros, uniendo en él su realización ministerial de proclamación de la Palabra de Dios (profeta), de alimento del pueblo con los signos de la acción de Cristo (sacerdote) y de guías del Pueblo para condu-

²⁸ Cf. C.M.^a MARTINI, *El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal* en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad sacerdotal*. Congreso, Madrid 1989, 175-191.

²⁹ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *El ministerio sacerdotal. Estudio bíblico-dogmático*, Salamanca 1970, que afirma expresamente: *para caracterizar el ministerio eclesial es quizá lo más apropiado tomar como punto de partida el ministerio pastoral. En el gobierno espiritual de la comunidad encuentra su expresión la realización de este ministerio. Cada una de las acciones que realiza el sacerdote en virtud de su ordenación sacramental es una participación en el gobierno pastoral de la comunidad*. La CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *Seminarios y vocaciones sacerdotales* en *Seminarios* 26 (enero-marzo de 1980) 49-83 se refiere al sacerdocio en términos parecidos.

cirlo por el camino de la salvación (rey)²⁹. Pablo VI se unió a ellos y destacaba también esa dimensión pastoral en EN 68. Juan Pablo II, en continuidad con este planteamiento, si bien introduciendo determinados matices, indica en PDV la imagen del *pastor*, el servicio pastoral, la *pastoreitas*, la misión del pastoreo como la línea directriz fundamental que define y unifica la identidad del presbítero, desde su referencia a Cristo cabeza y pastor³⁰. Con ello confiere a la identidad presbiteral un marcado carácter existencial y simbólico, superando aquel otro utilizado con anterioridad que ponía más el acento en lo ontológico y en las formulaciones teológico-dogmáticas.

Desde ahí se va a intensificar aquello que va a ser motivo principal de preocupación durante toda su vida: el ejercicio de la caridad pastoral³¹. No en vano, el texto central de PDV dedicado a la caridad pastoral considera que *el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo cabeza y pastor es la 'caridad pastoral', participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo*³². La dimensión cristológica de la caridad pastoral, como puede comprobarse, queda muy subrayada en la exhortación apostólica. Su origen está en Cristo y su realización ministerial es participación de la misma caridad pastoral de Cristo, posible por la configuración con Él del sacerdote por medio del sacramento del orden. Con ello, Juan Pablo II, aunque intensificando aún más esta dimensión cristológica, se une al planteamiento del concilio Vaticano II que apuntaba que los presbíteros *realizando la misión del Buen Pastor, encontrarán en el ejercicio mismo de la caridad pastoral el vínculo de la perfección sacerdotal, que una su*

³⁰ Cf. PDV 12-15, 21-22, 24, 49, 72.

³¹ Cf. J. GARCÍA VELASCO, *La caridad pastoral en la teología y espiritualidad del ministerio* en *Seminarios* 39 (octubre-diciembre de 1993) 461-491; J.M.^a URIARTE, *Ministerio presbiteral y espiritualidad*, San Sebastián 2005, 55-77.

³² PDV 23 [las cursivas son del texto]. En el n. 40, y en el contexto de la pastoral vocacional, se refiere al presbítero como *el llamado a revivir, en la forma más radical posible, la caridad pastoral de Jesús, o sea, el amor del buen pastor que "da su vida por la ovejas" (Jn 10, 11)*. De igual modo, la caridad pastoral se convierte en elemento configurador de la formación permanente, tal como afirma en el n. 70 *alma y forma de la formación permanente del sacerdote es la caridad pastoral. [...] La misma caridad pastoral empuja al sacerdote a conocer cada vez más las esperanzas, necesidades, problemas, sensibilidad de los destinatarios de su ministerio, los cuales han de ser contemplados en sus situaciones personales concretas, familiares y sociales*.

³³ Cf. J.L. MORENO MARTÍNEZ, *"Amoris officium": la caridad pastoral a la luz de la interpretación patristica de Jn 21, 15-17* en *Surge* 54 (enero-febrero de

vida con su acción (PO 14)³³.

Visto así, la caridad pastoral tiene la función de unificar la vida y la persona del presbítero, como ya hemos apuntado, ya que afecta a todo lo que él es y realiza. Por lo mismo, eso supone que la caridad pastoral tiene que convertirse en el centro de la vida sacerdotal, para lo cual el sacerdote tiene que vivir desde el amor de Cristo pastor, manifestando ese amor en todas las dimensiones de su existencia sacerdotal (humano-afectiva, espiritual, intelectual y pastoral). Es la configuración de toda su vida desde y para la caridad pastoral, lo cual supone el gran reto que tiene hoy la formación sacerdotal, tanto la previa a la ordenación como la permanente³⁴. La comprensión de la vocación sacerdotal como muestra del amor de Dios a uno que lo ha elegido, la relación total y amorosa con Cristo con quien se configura el sacerdote, la entrega y donación de sí mismo a la comunidad a quien manifiesta el amor previamente recibido, la aceptación del resto de miembros del presbiterio como hermanos con quienes comparte la misma caridad pastoral son elementos esenciales en la comprensión del ministerio presbiteral desde la caridad pastoral. Es ella la que configura el ser y el hacer del presbítero, como bien apunta Juan Pablo II en PDV 23: *gracias a la misma puede encontrar respuesta la exigencia esencial y permanente de unidad entre la vida interior y tantas tareas y responsabilidades del ministerio*.

La misión del presbítero expresa que él es signo, símbolo e icono que remite al mismo Cristo cabeza y pastor. Él actúa en nombre de Cristo para beneficio de la comunidad eclesial (cf. PDV 14, 22, 24, 43, 49, 72)³⁵. Desde ahí se entiende que la identidad presbiteral no se encuentra fundamentalmente en aquello que puede hacer el presbítero o las funciones que puede prestar, sino principalmente en su capacidad para significar sacramentalmente a Cristo pastor por medio del ejercicio de su ministerio. La consideración sacramental del presbítero hace que el centro unificador de toda su realidad ministerial sea el símbolo del pastor (cf. PDV

1996) 3-24, quien además de hacer un recorrido de cómo se introdujo esta expresión en los textos conciliares partiendo de una interpretación realizada por un grupo de padres franceses que recurrían a su vez a un comentario de San Agustín comentando Jn 21,15-17 realiza una comparación entre el uso de dicha expresión en PO y PDV.

³⁴ Cf. S. GAMARRA, *Caridad pastoral* en AA.VV., *Diccionario del sacerdocio*, Madrid 2000, 86.

³⁵ Cf. G. GRESHAKE, *Ser sacerdote hoy*, Salamanca 2003, 121-141.

³⁶ Cf. L. RUBIO, *Nuevas vocaciones para un mundo nuevo. Laicos, religiosos y presbíteros para una nueva evangelización*, Salamanca 2002, 250-258,

15, 21-23)³⁶. Visto así, la identidad y la misión del ministerio ordenado son inseparables. La ordenación sacramental comporta el aspecto dinámico-existencial de la misión ministerial. El presbítero es ungido sacramentalmente para el ejercicio de la misión. La configuración ontológica con Cristo por medio del sacramento es una realidad esencialmente dinámica dentro de la Iglesia orientada al cumplimiento de una misión en favor de los hombres. *La consagración es para la misión*, terminará afirmando PDV 24.

El ministerio de los pastores y su identidad se caracteriza, según PDV, por la práctica de la *caridad pastoral*³⁷. Ésta consiste en ser y obrar con la misma caridad que Jesús, Buen Pastor, convirtiéndose así en la síntesis entre la realidad ontológica y el dinamismo existencial conferido por la ordenación sacramental. La caridad pastoral confiere unidad a toda la vida de los pastores, porque unifica su identidad con su misión. Ella configura la identidad y la espiritualidad presbiteral desde el servicio pastoral, como recuerda PDV 23.

La configuración con Cristo que establece la ordenación introduce al ministro ordenado en una nueva forma de actuar a imagen de Jesús, Buen Pastor, con lo cual su vida queda caracterizada por las actitudes y comportamientos propios de Jesucristo. Jesús es el pastor anunciado en el AT (cf. Ez 34), el buen pastor que conoce a las ovejas por su nombre y está dispuesto a ofrecer su vida por ellas (cf. Jn 10,1-18). Cristo, como pastor dedicado íntegramente a sus ovejas, vive continuamente preocupado por aquélla que se le pueda perder (cf. Lc 15,4-7; Mt 18,12-14). Como una muestra de su *kénosis* (cf. Flp 2,6-11), él «no vino a ser servido, sino a servir» (Mc 10,45; cf. Mt 20,24-28 y Lc 22,24-27). Jesús es quien en el lavatorio de los pies (cf. Jn 13,1-16) deja a sus discípulos el modelo de servicio que ellos deberán ejercer unos con otros.

La conexión bíblica establecida entre Jesús como pastor y la figura del

quien comenta expresamente en la página 250 que *con este símbolo se retoma oficialmente la perspectiva más genuinamente neotestamentaria sobre el ministerio apostólico y el de sus sucesores. [...] Con él se pone la identidad no en una u otra de las funciones o actividades, la que ordinariamente se conoce como "pastoral" o regía, la del gobierno o dirección de la comunidad, sino en la realidad significada global de ser la visibilización del misterio del Cristo pastor.*

³⁷ Cf. C. DUMONT, *La «charité pastorale» et la vocation au presbytérat. À propos de l'exhortation post-synodale «Pastores dabo vobis»* en NRT 115 (1993) 211-226; V. GAMBINO, *La carità pastorale. Prospettive per un cammino educativo verso il ministero presbiterale*, Roma 1996.

siervo hace que la misión de los pastores en la Iglesia sea entendida desde el servicio, como luego veremos (cf. PDV 16-18). El servicio convierte la totalidad de la vida de los pastores en una entrega completa a la comunidad eclesial. La gracia sacramental que ellos han recibido en la ordenación no es para ellos mismos en exclusiva, sino para cumplir su servicio a favor de toda la Iglesia. La comunidad eclesial es la beneficiaria de ese don de los ministros ordenados porque ellos se convierten en regalos de Dios para su pueblo. La vida de los ministros ordenados se transforma entonces en ofrenda, en expropiación, en donación personal a la comunidad.

La caridad pastoral, por tanto, alcanza su realización práctica en el ejercicio del ministerio de los pastores, en las diversas funciones que constituyen su servicio pastoral. La predicación de la Palabra, la presidencia del culto y el gobierno de la comunidad son acciones ministeriales que despliegan la capacidad pastoral de los ministros ordenados. Esa triple función ministerial encuentra el elemento integrador en la caridad pastoral (cf. PDV 26). Ella es el compendio de las actitudes y comportamientos de los ministros ordenados, el principio unificador de la vida del pastor. Las tres son expresiones de Jesús Buen Pastor y en Él se inspiran.

Por lo mismo, es evidente la relación existente entre la caridad pastoral y la espiritualidad presbiteral. La vida del pastor en el ejercicio de su ministerio se convierte en la fuente de su espiritualidad desde la vivencia de la caridad pastoral, porque el ministerio pastoral –como afirmó San Agustín– es *amoris officium*³⁸. La caridad pastoral, como nota característica de los ministros ordenados, configura su vida y su espiritualidad, confiriéndole a su ministerio un modo de vivir semejante al de Cristo, quien hizo de su entrega a los demás por la unión con el Padre y la fuerza del Espíritu la fuente y el motivo de su servicio. *El ejercicio del ministerio pastoral alimenta, postula y configura la espiritualidad presbiteral. No es la acción sin más o el ministerio en sí mismo lo que santifica al presbítero, sino su ejercicio animado por el Espíritu. Se trata de una santidad en el ministerio o 'mediante el ministerio'*³⁹.

El pastor, por consiguiente, en el ejercicio de su ministerio, está llamado a ser existencialmente transparencia de Cristo Pastor comunicando la caridad pastoral, para lo cual tiene que ejercer su ministerio con unas

³⁸ SAN AGUSTÍN, *In Iohannis Evangelium* CXXIII, 5 en CCL, XXXVI [edición de A. MAYER], Turnholti 1954, 678, donde califica así a la totalidad del ministerio pastoral. PDV 23-24 y PGr 9 incorporan también esta comprensión ministerial de San Agustín empleada anteriormente por el concilio en PO 14.

³⁹ J. GARCÍA VELASCO, *La caridad pastoral*, 484.

actitudes semejantes a las de Cristo, las cuales resumimos con este texto de S. Gamarra: *hombre de Dios (con experiencia viva de Dios) y hombre de los hombres (con entrañas de misericordia); humilde (es sacramento de Cristo Pastor) y recio ('sé bien en quién tengo puesta mi fe' 1 Tim 1,12); receptivo (es sacerdote en Cristo) y activo (es para los demás y va tras la oveja perdida); colaborador (no es pastor por cuenta propia) y protagonista (con responsabilidad propia); en relación permanente (la relationalidad es de su identidad) y en alteridad (actúa en nombre de Cristo y de la Iglesia); sensible a las distintas situaciones y firme en la respuesta (es el pastor); confiado (propenso a creer a las personas) y realista; transparente (no practica la doblez) y fiel a o que se le confía; débil (en su vida) y seguro (da seguridad con su ministerio: 'Tu vara y tu cayado me sosiegan' –Sal 23,4–); comprensivo y hombre de la verdad (es hombre de criterio evangélico); es de cada uno (así lo sienten quienes lo tratan) y es para todos; vive la cruz y la resurrección (es persona de Pascua)*⁴⁰.

3.2. Pastores seculares en medio del mundo

El concilio Vaticano II, especialmente en la constitución sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, señaló el valor del mundo como lugar teológico, como ámbito donde la Iglesia tiene que ser *sacramento universal de salvación y de unidad* (cf. GS 45; LG 1, 48), y los hombres que viven en él como destinatarios del mensaje salvífico del Evangelio de Jesús⁴¹. La misma constitución destacó sobremanera la autonomía de las realidades temporales, así como la actitud del diálogo y el servicio a ellas que brotan del mismo ser de la Iglesia como sacramento en medio de ellas. Era la valoración de la secularidad como rasgo de identidad del mundo y de la misión de la Iglesia en medio suyo como condición a la que no poder renunciar. Era un modo de ser consecuente con la teología de la encarnación aplicada en categorías eclesiológicas. De ahí que su

⁴⁰ S. GAMARRA, *Manual de espiritualidad sacerdotal*, Burgos 2008, 320-321. Otros autores ponen el acento en actitudes diferentes y hacen una formulación de ellas de modo diverso: cf. L. RUBIO MORÁN, *La formación del pastor* 342-352; J. GARCÍA VELASCO, *La caridad pastoral en la teología y espiritualidad del ministerio* 480-482.

⁴¹ Cf. F. BOGÓNEZ HERRERA, *Aportación de la Gaudium et spes a la actual misión de la Iglesia en Surge* 57 (mayo-agosto de 1999) 273-288; A. PANIAGUA CUEVAS, *Horizonte prospectivo en la formación de los candidatos al sacerdocio: situación actual y orientaciones formativas en Studium Legionense* 48bis (2007) 151-155.

modo de estar en medio del mundo asuma los criterios de Cristo al estar en medio de los hombres como encarnación de Dios (cf. Jn 17), que nada tiene que ver con el pretendido secularismo actualmente vigente. La acción pastoral de la Iglesia, por tanto, tiene que partir de esta inserción en medio de la realidad mundana y desde ahí proyectar todo cuanto pueda ayudar a la extensión del Reino de Dios en medio del mundo⁴².

Esta condición *secular* de la Iglesia en medio del mundo es asumida por el presbítero en medio de la sociedad actual, ya que es un hombre inserto en medio del mundo, para lo cual tiene que aprender también una serie de actitudes que le permitan *estar* en el mundo sin *ser* del mundo (cf. Jn 17,14-19). Ambas realidades, la condición de presbíteros seculares y aprender a vivir la secularidad en el ejercicio del ministerio en medio de la sociedad, tienen que ser tenidas en cuenta como criterios pastorales en la formación de los futuros pastores. El pastor necesita conocer la sociedad en medio de la cual desarrolla su ministerio. Ello evitará comprensiones incorrectas como la de estar en el mundo de manera acrítica y con excesiva ingenuidad (actitud de los más jóvenes que no se sienten extraños al mundo ni sienten temor ante él porque asumen su modo de vida compartiendo inconscientemente sus criterios), o la de pretender ser uno más en medio del mundo sin tomar en consideración su condición peculiar que exige un modo de estar diferente, siendo profetas de aquellas situaciones que no ayudan al hombre contemporáneo a vivir su dignidad humana y de imágenes de Dios.

Por otra parte, interpretar correctamente esta inserción en el mundo llevará a una cercanía mayor con el hombre, a un compartir sus gozos y esperanzas, a un estar en medio de los hombres como presencia sacramental de un Dios Padre que comparte la vida con la de sus hijos y que, por tanto, le preocupa todo cuanto es motivo de interés para éstos. La condición de pastor del presbítero desde su configuración sacramental con Cristo y en actitud de servicio al hombre contemporáneo da sentido a su necesidad de encarnación en la sociedad, puesto que debe ser solidario con los hombres en seguimiento de la radical solidaridad de Jesús con la humanidad, quien *para ser sumo sacerdote tuvo que asimilarse en todo a sus hermanos* (Hbr 2,17).

La ley de la encarnación exige al presbítero su inserción solidaria en las situaciones humanas e históricas, pero desde su condición presbiteral, no como un hombre más. Su estar en medio del mundo, compartiendo las realidades de éste, tiene como finalidad anunciar a los hombres el miste-

⁴² Cf. R. CALVO PÉREZ, *La saludable necesidad de pensar la pastoral en Surge* 57 (mayo-agosto de 1999) 263-265.

rio de Cristo y ayudarles a vivir según los valores evangélicos, porque su finalidad es aportarles la novedad del cristianismo. La encarnación es imprescindible para el presbítero, pero desde su condición de bautizado, cristiano y presbítero; es un *estar* en el mundo, pero sin «ser» del mundo (cf. Jn 17,15). Su ministerio debe ser expresión de una Iglesia que, siendo *misterio, comunión y misión* (cf. PDV 12), pretende convertirse en el hogar de los creyentes en medio del mundo, sin tener que salirse por eso del mundo en medio del cual se encuentra. En resumen, el pastor tiene que ser un hombre de su tiempo que conoce la realidad de su alrededor, que hace una lectura creyente de esa realidad, que es un hombre equilibrado en medio de las realidades temporales y que está siempre dispuesto a servir a los hombres en medio de ellas.

Con estos criterios deben educarse los futuros pastores⁴³, teniendo en cuenta su amor al mundo afectiva y efectivamente, su inserción en él con espíritu crítico y en fidelidad a la misión recibida, y con intención firme de servirlo para comunicarle el evangelio de Jesús. El modo de educar a los futuros pastores desde aquí supone hacerles comprender que su estar en medio del mundo no les identifica totalmente con el resto que viven en el mundo, porque su vida tiene que ser significativa evangélicamente; formarles para que puedan vivir con autonomía espiritual y de manera crítica en medio de las realidades temporales; ayudarles a desarrollar actitudes humanas que pueden acercarlos a los hombres como la bondad, la sinceridad, la sencillez, el diálogo, el compromiso, el deseo de justicia, la coherencia, la cercanía; y enseñarles a realizar una lectura creyente de la realidad, conociendo al hombre histórico concreto e iluminando su vida desde el evangelio.

Esta condición secular del presbítero también impone otro criterio de acción pastoral: la promoción del compromiso laical en medio del mundo. El presbítero es consciente de que desde la autonomía de lo temporal proclamada por el Vaticano II existen terrenos de la secularidad a los que no puede acceder desde su acción presbiteral y consecuentemente no son objetos directos de su acción pastoral específica. Esos espacios tienen que ser ocupados y evangelizados por los laicos creyentes, y no sólo porque el presbítero no pueda llegar, sino principalmente porque a ellos corresponde una misión específica en este terreno. Por eso al presbítero le compete animar, fomentar y promocionar el compromiso de los laicos en el mundo con una clara dimensión de transformación como consecuencia de su propia condición secular. La misma condición secular de

⁴³ Cf. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal* (11 de abril de 1974) 87-88.

los presbíteros diocesanos sirve de base para tener como criterio de su acción ministerial el desarrollo de esa conciencia de compromiso secular en los laicos. Entre sus preocupaciones pastorales tiene que estar la de formar auténticos profesionales con un marcado carácter evangelizador en el desarrollo de sus funciones profesionales. Para ello la tarea presbiteral de *acompañante*, respetando la autonomía del acompañado, es cada día más necesaria, dimensión del ministerio presbiteral que hay que tener clara desde el Seminario y que hay que enseñar a ejercerlo desde el mismo acompañamiento personal del seminarista.

3.3. El compromiso efectivo con los pobres

La razón sobre la que se apoya el compromiso del pastor con la causa de los pobres estriba en su condición de seguidor de Jesús, quien *siendo rico, se hizo pobre* (2 Cor 8,9; cf. Flp 2,6-11)⁴⁴. La pobreza forma parte del ser de Jesús, se ha encarnado y ha compartido la vida de los hombres hasta la más profunda de sus debilidades y limitaciones, la muerte, aunque sin asemejarse al hombre en el pecado. Ahí estriba la vida en pobreza del pastor, junto con los otros dos consejos evangélicos de castidad y obediencia. Es la configuración sacramental con Cristo cabeza y pastor la que le lleva a él a un modo de vida pobre (cf. PDV 30).

Esta vida en pobreza del pastor tiene connotaciones pastorales muy concretas y eso es lo que motiva su opción efectiva por los pobres, entendidos éstos no solamente como los pobres materiales, que son quizá la expresión de la pobreza extrema (transeúntes, drogodependientes,...), sino también los pobres de afecto y cariño (muy presentes hoy en nuestra sociedad por las dificultades con que se viven las relaciones personales), los pobres y necesitados de salud (enfermos, principalmente los de larga duración y sin posibilidad de sanación o aquellos que se encuentran solos y sin familia), los afectados por la pobreza cultural (cada vez más reales en nuestros entornos porque las posibilidades de acceso a la cultura de muchos es causa mayor de retraso cultural de otros), etc.

El presbítero es ministro de la caridad, testigo cualificado de la encarnación del Dios de Jesucristo en pobreza y al servicio de los pobres, algo de lo que tiene necesidad el mundo y que hará a su vez más creíble el mensaje que la Iglesia ofrece al mundo. El presbítero está llamado a tes-

⁴⁴ Cf. F. FERNÁNDEZ ALÍA, *La opción preferencial por los pobres y la espiritualidad sacerdotal* en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad sacerdotal. Congreso*, Madrid 1989, 431-451; MONS. J.M.^a URIARTE, *Ministerio presbiteral y espiritualidad*, San Sebastián 2005, 103-116.

timoniar la pobreza con su vida austera y pobre (cf. OT 9), vida austera y pobre que será un signo profético de libertad, renuncia y no sumisión en medio de una sociedad que normalmente invita a poseer, al consumo y a las seguridades materiales⁴⁵.

La opción efectiva por vivir de un modo pobre y austero lleva al pastor en primer lugar a considerar a los pobres de modo real en destinatarios privilegiados del amor de Dios; *bienaventurados los pobres* comenzará proclamando Jesús en su sermón del monte (cf. Mt 5,3). La caridad pastoral exige al presbítero la preocupación efectiva por los pobres, atenderles personal y físicamente, sin caer en las trampas del engaño, ofrecerles su cercanía y amistad, procurarles lo necesario para paliar necesidades urgentes. Pero su compromiso no puede quedarse ahí, porque no se encuentra ahí la solución del problema. La preocupación por conocer e implicarse en la medida de sus posibilidades en la solución de las causas estructurales de injusticia que provocan esas situaciones es el segundo paso a dar en el compromiso efectivo por los pobres. Y como pastor y guía de la comunidad tiene que empeñarse en educar a los fieles para que esa opción sea central en sus vidas de seguidores de Jesús. Eso se lleva a cabo tanto desde el compromiso y la opción personal de cada uno como desde las opciones concretas que como comunidad cristiana se adopten. Ésta sería la tercera de las actitudes a desarrollar en su vida ministerial.

A esto es a lo que está llamado a vivir el futuro pastor que se encuentra en periodo de formación. Pero el encontrarse en periodo de formación no le exime de optar por los pobres y de adquirir un modo de vida pobre y hábitos de vida en pobreza. La formación pastoral del Seminario tiene que ayudar a ello, potenciando actitudes y valores que favorezcan la pobreza y ofreciendo oportunidades de encuentro y comunión efectiva con los pobres. Bien es verdad que resulta imposible tener conocimiento y contacto directo con todas las realidades existentes de pobreza, pero tampoco se trata de eso en la formación, sino de asumir el modo de vida en pobreza y adquirir hábitos concretos para vivirla en el ejercicio del ministerio, de tal manera que la opción por los pobres pueda ser vivida en el ministerio de modo efectivo.

Entre las actitudes a cultivar durante la formación para ir adquiriendo ese modo de vida en pobreza destacan la austeridad y la sobriedad, el des-

⁴⁵ Cf. D. IZUZQUIZA, *El difícil arte de... vivir sobriamente combatiendo el consumismo* en *Sal Terrae* 83 (octubre de 1995) 729-741, donde se ofertan claves concretas de actitudes y acciones a desarrollar a la hora de educar esta actitud de la pobreza.

prendimiento y la abnegación, la sencillez y la cercanía, la gratuidad y el agradecimiento. Y como acciones concretas a desarrollar para tener conocimiento de manera eficaz de la realidad de la pobreza y como ella es objeto de predilección de la caridad de la Iglesia y de la opción de los pastores se encuentran la realización de algunas experiencias pastorales en algunos de los ámbitos concretos de pobreza, el conocimiento del funcionamiento de Cáritas y de los distintos proyectos en que estructura su acción caritativo-social, el conocimiento de las delegaciones y secretarías diocesanas directamente implicados en la causa de los pobres (justicia y paz, migraciones, pastoral de la salud, pastoral penitenciaria, etc.), y también, por qué no, asumir la vida del Seminario con las limitaciones personales, formativas y materiales que comporta.

3.4. La construcción de la comunidad como referencia esencial del pastoreo

En el horizonte del planteamiento pastoral de cualquier presbítero tiene que estar precisamente como objetivo la construcción de la comunidad cristiana. Cualquier otra acción pastoral tiene que estar supeditada a ésta, ya que todas (celebrar la fe, anunciar la Palabra y ejercitar la caridad) tendrán un valor muy limitado si no es comunitariamente. La comunidad cristiana se construye cuando existe una experiencia personal de encuentro con Cristo por parte de quienes la forman, que les invita a compartir la fe con los demás. Esa experiencia personal es vivida en comunidad y es la que hace crecer la fe de cada creyente. La preocupación pastoral del presbítero es precisamente ésta: la fe de los fieles y la construcción de la comunidad. La comunidad tiene que ser testigo del amor del Padre y de su deseo salvífico para los hombres.

La finalidad pastoral del presbítero, por tanto, es el crecimiento comunitario y consecuentemente su planteamiento pastoral y las acciones pastorales programadas no pueden estar en función de su estado anímico o de su situación concreta, sino orientadas al bien de la comunidad, entendiendo que ésta tiene su propio ritmo y que su crecimiento es obra del Espíritu aunque requiera de la entrega personal de todos sus miembros, principalmente del pastor. Eso lógicamente requiere de la implicación de la comunidad, a la que el pastor tiene que hacer partícipe de su propia edificación y crecimiento.

En una concepción eclesiológica de corte jurdicista era lógico pensar en el pastor como el único responsable y encargado de las tareas pastorales (clericalismo), quien recurría a los laicos o a los religiosos para que ejecutasen alguna acción encomendada por él. En una visión renovada

tanto de la eclesiología como de la pastoral, fruto ambas de la nueva comprensión del concilio Vaticano II, el pastor se comprende como otro miembro dentro de todo el Pueblo de Dios y su ministerio es entendido como un servicio específico dentro de ese Pueblo, siempre a favor de él, orientado a que todo él viva precisamente como pueblo, como comunidad.

Para que ello sea así el grado de cooperación y colaboración con todos los miembros de la comunidad con el que tiene que trabajar el presbítero es muy exigente, porque la acción pastoral eclesial es de toda la comunidad, no sólo suya. Todos los miembros de la comunidad son corresponsables de su acción pastoral, porque todos participan de la misión evangelizadora de la Iglesia. Todo el pueblo de Dios es sujeto y protagonista de la vida y misión de la Iglesia. Así, los laicos no son simplemente aquellos que prestan una ayuda al ministerio ordenado o colaboran con él en alguna tarea pastoral específica por razones de eficacia, de escasez sacerdotal o de estrategia pastoral. Su acción pastoral es exigencia propia del bautismo recibido y de su compromiso con la misión de la Iglesia. Se impone pues un trabajo de comunión en el ejercicio diario del pastoreo en la vida del presbítero. Y eso tiene que quedar asimilado en el periodo de formación en los seminarios.

3.5. El servicio a la comunidad como actitud principal

El servicio es una responsabilidad de todos los bautizados y de un modo especial de quienes asumen la responsabilidad de un ministerio ordenado. El ministerio ordenado es un servicio a la comunidad desde su actuación *in persona Christi e in nomine Ecclesiae*. El servicio propio que prestan los ministros ordenados a la comunidad nace de Cristo que los llama a la misión, los envía a ella y les concede la gracia para poder realizarlo. El sacerdocio se injerta en la diaconía de Cristo, la toma como modelo y la asume como estilo de vida. El mismo Cristo es quien ofrece el modo de realizar ese servicio cuando dice a los discípulos: *¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? [...] Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros* (Jn 13,12-15).

Jesús es el pastor y el servidor que entrega su vida por las ovejas (cf. Jn 10,1-18). Los apóstoles –y Pedro de manera particular– entendieron también su ministerio como servicio al resto de los creyentes (cf. Jn 21,15-18; 1 P 5,1-4). El ministerio presbiteral, siguiendo esta cadena apostólica, presta una función de servicio desde dentro de la comunidad a la misma

comunidad eclesial, porque el sentido diaconal del sacerdocio en su dedicación al resto de miembros y actividades de la comunidad tiene como finalidad la edificación de la misma comunidad eclesial⁴⁶.

En ese marco de servicio eclesial se entiende también la exigencia conciliar a los presbíteros para que *trabajen juntamente con los fieles seglares, y se porten entre ellos a imitación del Maestro, que entre los hombres 'no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención de muchos' (Mt 20,28)*⁴⁷. A los obispos también les hace la misma recomendación, al pedirles que su autoridad y potestad sobre la Iglesia sólo pueden usarla para edificación de los creyentes, *teniendo en cuenta que el que es mayor ha de hacerse como el menor y el que ocupa el primer puesto como el servidor (cf. Lc 22,26-27)*⁴⁸.

El ministerio de los pastores sólo se concibe rectamente como entrega a la comunidad eclesial. Su vida es una donación para los demás. El servicio a los otros es lo que da sentido a su ministerio. Como servicio concreto a la comunidad a la que ha sido enviado, el obrar de los pastores está destinado de manera peculiar al fomento de la unidad dentro de ella. En eso consiste, a juicio de W. Kasper, lo específico y distintivo del ministerio ordenado: *él es el responsable de la unidad y la colaboración ordenada de todos los carismas, y por ello su servicio se centra de manera especial en la unidad de la Iglesia. De este modo le compete en la Iglesia un servicio esencialmente distinto de los otros servicios*⁴⁹. Para ejercer dicho ministerio tienen que procurar suscitar y animar los diferentes carismas

⁴⁶ Cf. LG 18, donde afirma expresamente el Concilio Vaticano II que *para apacentar el pueblo de Dios y acrecentarlo siempre, Cristo Señor instituyó en su Iglesia diversos ministros ordenados al bien de todo el Cuerpo. Porque los ministros que poseen la sagrada potestad están al servicio de sus hermanos, a fin de que [...] tiendan todos libres y ordenadamente a un mismo fin y lleguen a la salvación*. En otros momentos del capítulo III de LG también aparece la referencia servicial para los ministros ordenados. Así en LG 28 leemos que los presbíteros son *llamados para servir al pueblo de Dios* y en el LG 29 que los diáconos *sirven al pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad*.

⁴⁷ PO 9.

⁴⁸ LG 27. Teniendo como punto de referencia este mismo texto de Lc, el Concilio insta a los obispos en ChD 16 a que *en el ejercicio de su ministerio de padre y de pastor, compórtense en medio de los suyos como los que sirven*.

⁴⁹ W. KASPER, *Nuevos matices en la concepción dogmática del ministerio sacerdotal* en Conc 5 (1969) 380.

existentes dentro de la comunidad y fomentar el ejercicio de los diversos ministerios eclesiales (cf. PO 9).

Según esto, al presbítero no le corresponde aglutinar en su persona todos los carismas, ni tan siquiera intentar abarcarlos todos, sino coordinar los dones que el Espíritu ha concedido a la comunidad para que sirvan a la unidad. Tal unidad no es sólo la sociológica de que no haya diferencias entre los distintos miembros (*uniformidad*), sino una unidad teológica que procede del mismo Cristo y se realiza en el Espíritu. Buscar la unidad no significa impedir la pluralidad, sino integrar la diversidad y orientarla al fin común. El ministerio ordenado de los pastores puede considerarse entonces como un *servicio* a la multiplicidad de funciones y ministerios propios de una comunidad. La función específica de presidencia de la comunidad por parte suya es un servicio a la comunión.

3.6. El sentido de pertenencia a la Iglesia particular y de inserción en el presbiterio diocesano

Los presbíteros son –como apunta PDV 15–, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo cabeza y pastor. Su ministerio se entiende siempre dentro de la Iglesia, y nunca fuera o al margen de ella. La configuración con Cristo es imprescindible para la comprensión del ministerio presbiteral, pero junto a ella la referencia a la Iglesia es igualmente necesaria. Como afirma Juan Pablo II un número más adelante: el sacerdote tiene como relación fundamental la que le une con Jesucristo cabeza y pastor. [...] Pero íntimamente unida a esta relación está la que tiene con la Iglesia. En la Iglesia, como acabamos de constatar, el sacerdote es signo de comunión.

Es en la Iglesia donde ha nacido a la fe, donde ha tenido la experiencia gozosa de un Dios que le quiere, donde ha conocido al Dios que le ha llamado y donde ha sentido esa llamada, donde ha experimentado el amor apasionado de Cristo por él y ha sido invitado a corresponderle. Ella ha sido quien se ha preocupado de poner todos los medios a su alcance para propiciarle la mejor formación posible en orden al ministerio que va a ejercer posteriormente. Han sido hombres de Iglesia, y nombrados ministerialmente por la Iglesia para tal fin, quienes han dedicado tiempo y esfuerzo para hacer posible un discernimiento en el Espíritu acerca de si la llamada percibida procedía del Señor y si era para el ministerio ordenado o no.

Siendo esto así, y la experiencia vivida por tantos compañeros nos lo corroboran, uno de los aspectos esenciales a fomentar en la formación de los candidatos al presbiterado –y de seguir potenciando en la forma-

ción permanente de los que ya lo son— es el sentido de pertenencia a la Iglesia y de inserción en el presbiterio diocesano. El ministerio presbiteral, como el episcopal, es colegial. Ser presbítero es pertenecer a un colegio que, en torno al obispo y como colaboradores suyos, realiza su acción ministerial al servicio de una Iglesia particular determinada. Por su ordenación, el presbítero entra a formar parte de un presbiterio, de una fraternidad presbiteral (cf. LG 28). Ser ordenado presbítero es entrar a formar parte de una *íntima fraternidad sacramental* (PO 8). La razón de esta colegialidad presbiteral no es funcional, sino ontológica, sacramental, ya que la inclusión en el colegio viene dada por la ordenación.

Esta comprensión sacramental y *comunitaria*, fundamental en la teología del ministerio del Vaticano II, es recogida también por PDV, al menos en dos textos referentes. PDV 17 afirma que *el ministerio ordenado, por su propia naturaleza, puede ser desempeñado sólo en la medida en que el presbítero esté unido con Cristo mediante la inserción sacramental en el orden presbiteral. [...] El ministerio ordenado tiene una radical 'forma comunitaria' y puede ser ejercido sólo como 'una tarea colectiva'*. El n. 31, por su parte, es más explícito aún al apuntar que *es necesario considerar como valor espiritual del presbítero su pertenencia y su dedicación a la Iglesia particular, lo cual no está motivado solamente por razones organizativas y disciplinarias; al contrario, la relación con el Obispo en el único presbiterio, la coparticipación en su preocupación eclesial, la dedicación al cuidado evangélico del Pueblo de Dios en las condiciones concretas históricas y ambientales de la Iglesia particular, son elementos de los que no se puede prescindir al dibujar la configuración propia del sacerdote y de su vida espiritual*.

Este mismo n. 31 insiste abiertamente en la *diocesaneidad* presbiteral, concediendo una importancia cualitativa a la *incardinación* como expresión de esa vivencia comunitaria diocesana. Ésta, según la exhortación apostólica, *no se agota en un vínculo puramente jurídico, sino que comporta también una serie de actitudes y opciones espirituales y pastorales que contribuyen a dar una fisonomía específica a la figura vocacional del presbítero*. La *diocesaneidad*, según esto, y consecuentemente su pertenencia y dedicación a la Iglesia particular, va más allá de lo jurídico; afecta a lo espiritual y pastoral del ser presbítero. La incardinación se convierte en un «vínculo a la vez jurídico, espiritual y pastoral», concluirá más adelante Juan Pablo II en el n. 74. No es solamente la vinculación por medio de unos lazos contractuales con una Iglesia particular o unos compañeros en la ordenación, sino algo que forma parte de la identidad presbiteral, es un valor que configura su espiritualidad y su ser pastor, es un *valor espiritual* (PDV 31).

¿Qué entraña esta diocesaneidad para el presbítero? Adoptar una serie

de *actitudes* que testimonian su comunión presbiteral en la Iglesia particular. Entre ellas se encuentran la de la disponibilidad para asumir cualquier tarea o responsabilidad pastoral necesaria en la Iglesia particular para la que se está capacitado, ya que no se trata de ver cumplido su carisma particular como párroco, profesor, consiliario, etc., sino entender su ministerio como un servicio a la Iglesia que tiene una serie de necesidades mayores a las que responder. Eso lleva a la preocupación por todo aquello que se está realizando en la diócesis y que, aunque esté fuera del ámbito propio de la realización ministerial concreta de cada uno, sí afecta a toda la realidad diocesana. Por ello el presbítero tiene que mostrar su interés por el trabajo desarrollado en las distintas estructuras pastorales (arciprestazgo, delegaciones y pastoral sectorial, comisiones de trabajo,...) que tienen su repercusión en la acción pastoral diocesana. En tercer lugar, supone comprender el ministerio pastoral de cada uno como la realización práctica en un lugar y momento concreto de un ministerio que es conjunto de toda la diócesis y de todo el presbiterio y que consecuentemente en otro momento va a ser ejercido por otro compañero y del que no se es propietario en exclusividad.

La identidad comunitaria del presbítero, que configura igualmente su espiritualidad de comunión, tiene que verse reflejada igualmente en sus *opciones y acciones pastorales*. Así, la participación activa en los distintos encuentros de carácter diocesano que se convocan es una muestra clara de esta vinculación diocesana y del deseo de vivir en comunión con el resto del presbiterio unido a su obispo. Del mismo modo la participación en los encuentros arciprestales de diferente consideración (presbiterales o pastorales) es indicativo de lo mismo. Otras expresiones de fraternidad son de tipo más espontáneo y responden a la puesta en práctica de actitudes que denotan la preocupación por los hermanos presbíteros. Entre ellas se encuentran desde las experiencias de vida en común hasta la ayuda mutua en ocasiones, pasando por la comunicación de bienes o la solicitud con los más necesitados, por enfermedad o por vivir situaciones de soledad, entre otras. Éstas ya las indicó el Vaticano II como medios eficaces de vida presbiteral para expresar la comunión en el sacerdocio (cf. PO 8).

Este sentido de pertenencia a la Iglesia particular y de incorporación al presbiterio se potencia en la formación previa a la ordenación desde la misma vivencia comunitaria del Seminario, dado que es la comunidad

⁵⁰ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de formación sacerdotal para los seminarios mayores. La formación para el ministerio presbiteral*, Madrid 1996, nn. 145-152; 174.

educativa diocesana que tiene que potenciar una fuerte experiencia de comunión y vida fraterna⁵⁰. La propia vivencia comunitaria permite fomentar el trabajo en equipo y el espíritu de colaboración, o sea, la corresponsabilidad. La realización conjunta del *Proyecto comunitario*, unido a su revisión y actualización periódica, es una herramienta de gran utilidad para formar en la comunión. El Proyecto comunitario no es una herramienta pedagógica que sólo pretenda un funcionamiento más eficaz de la comunidad, sino el medio para crear la comunidad y crecer en la comunión y en el sentido de Iglesia. La corrección fraterna es otro de los aspectos que se viven con mayor intensidad en una comunidad formativa. La relación con el obispo y con el presbiterio, organizada según diferentes modalidades, así como la participación en algunos encuentros de carácter diocesano, donde también se encuentran seglares y religiosos, ayuda a potenciar esa conciencia de pertenencia diocesana. El conocimiento de la propia diócesis, no sólo geográficamente, que también, sino principalmente de su proyecto pastoral, resulta imprescindible para esta formación pastoral previa que venimos proponiendo. Éste puede realizarse desde la relación directa con el obispo hasta con el contacto con los distintos secretariados y delegaciones diocesanas de pastoral.

CONCLUSIONES

Después de todo lo dicho y para resumir cuanto se ha expuesto, extraemos las ideas principales a modo de conclusión. En primer lugar y atendiendo al periodo formativo en el seminario, la conveniencia de una buena formación pastoral –teórica y práctica–, en orden a preparar convenientemente al futuro pastor para el ejercicio de su ministerio, el pastoreo. El seminarista no es un *sacerdote en potencia* ni un *sacristán cualificado*, pero sí una persona que se prepara para ejercer en el futuro un ministerio pastoral, para lo cual tiene que aprender unas herramientas. Y no solamente por eso, que podía quedarse en una cuestión meramente práctica y funcional orientada sólo a la preparación futura, sino también porque la dimensión pastoral se convierte en criterio de discernimiento vocacional para el seminarista. Su vida, desde el momento de la ordenación en adelante, va a estar condicionada por la práctica de la caridad pastoral, con lo que ésta no puede quedar fuera de los elementos según los cuales se discierna la vocación sacerdotal.

Por lo mismo, y atendiendo a la vivencia de por vida del ministerio sacerdotal desde la caridad pastoral, puede entenderse la dimensión pastoral no sólo como un rasgo esencial de la identidad presbiteral sino también como un elemento que confiere unidad a todo lo que el sacerdote es y hace, unificando las restantes dimensiones de la persona del pastor

(humana, espiritual e intelectual). Ciertamente que la dimensión pastoral del presbítero está sustentada sobre la base de una equilibrada y madura personalidad humana, sobre una apertura a la Trascendencia que hace entender la vida desde la relación con Dios y como expresión y manifestación del amor de Dios, o sobre una sólida formación intelectual que permita entrar en diálogo con el hombre y la cultura contemporánea desde un ofrecimiento de plenitud de sentido para su vida. Pero la vivencia de toda esa realidad múltiple tiene como connotación particular en el sacerdote la categoría de *pastor*. Consecuentemente, todo en su vida (oración personal y celebraciones litúrgicas, ocio y descanso, estudio y formación personal, relaciones personales y cuidado propio, etc.) tiene que tener una orientación pastoral de servicio a los demás y ser vivido desde ahí.